

vendrá más tarde, cuando de la flor,

Que nos da en esperanza el fruto cierto,

salga el fruto, y grane y madure, dentro
acaso de sólo Dios sabe cuántos siglos.
Por lo pronto, no habiendo metafísica
granada, ¿cómo quiere usted que sea
útil?

Proclamándola yo inútil, la reverencio,
la adoro y hago de ella mayor alabanza
y defensa que la que hizo el célebre car-
denal Sadoletto y celebraron Bembo y la
bella y discreta duquesa de Urbino.

¡Quiera el cielo que el público, que será
nuestro Bembo y nuestra bella Duquesa,
nos celebre también, y á mí no me tilde
de pesado! A fin de evitarlo en lo posi-
ble, termino aquí esta difusa epístola, y
con ella nuestra polémica.

V.



NOTAS

.....φανερὸν ὅτι διὰ τὸ εἰδέναι τὸ ἐπίστασθαι
εἰδῶκον καὶ οὐ χρήσεώς τινος ἔνεκεν.

(ARIST.: *Met.*, lib. I., cap. II.)



I

...Y hasta á fundar la metafísica en la experiencia. (Pág. 24.)

Uno de los libros á que aquí se alude es el que se titula *El porvenir de la metafísica fundada sobre la experiencia*. Su autor, Alfredo Fouillée.

Nadie más admirador que yo del saber y del ingenio de los franceses. Paris es una gran fábrica de ideas, donde se inventan muchas; donde otras, de origen extranjero, se pulen, acican y hermocean, de suerte que con más facilidad pueden luego difundirse por el mundo.

Conviene por lo mismo, si bien con el debido respeto, estar prevenidos y no aceptar ideas porque se hayan inventado ó estén de moda en Paris.

En estos últimos años nos han impuesto la *novela experimental*. Yo temo que nos impongan también la

metafísica experimental, que se me antoja más extravagante impostura.

Es indudable que, si llegásemos á conocer por experiencia cuanto hay que conocer en cada cosa, y no quedase cosa que no conociésemos así, y conociésemos además la trabazón, encadenamiento y orden en que están todas ellas en la sucesión del tiempo y en la extensión, entendiéndonos además lo que esta extensión y lo que este tiempo son en sí, si en sí son algo, sin duda lo sabríamos todo. ¿Qué mejor metafísica entonces? Pero sería necesario demostrar experimentalmente que este conocimiento era total, y que era del único modo que puede ser, y no sospechar siquiera que otros seres inteligentes lo entendieran de distinto modo, y no dudar de si había ó no algo *incognoscible* fuera de nuestro conocimiento, ó no afirmar que lo había.

Como conocerlo todo y demostrarlo experimentalmente es imposible, la metafísica experimental *cierta* es imposible. Pero, ¿será posible una metafísica experimental *hipotética*?

Imaginemos una hipótesis que nos lo explique todo: que por todas las experiencias y observaciones que vayamos haciendo se verifique y se confirme. Esta hipótesis se debe presumir que es la verdad, y tal puede ser el número de experiencias que hagamos para su comprobación, que los indicios de que es la verdad rayen en certidumbre.

Esto no tiene más que un inconveniente, pero no es flojo. Consiste en un trueque de papeles. Una hipótesis ó una tesis puramente metafísica no se somete, á mi ver, á ser comprobada por la experiencia. La experiencia es la que se somete á la tesis ó á la hipótesis, y la hipótesis ó la tesis metafísica la invalida ó la revalida.

Las matemáticas no son metafísica; pero están entre ella y las ciencias de observación y experimentales. Nada experimental es prueba de la verdad matemática. La verdad matemática es la que prueba lo experimental.

Tomemos, por ejemplo, algo sencillo y de los rudimentos: que $8 + 5 + 7 = 20$. Hay tres personas obligadas á poner en una alcancía, una ocho, otra cinco, y otra siete monedas. Las ponen, se rompe la alcancía y nos encontramos con 19 monedas. Vuelven á hacer en otra alcancía la misma operación. La rompemos y sacamos 21 monedas. Sin duda la primera vez una de las tres personas se guardó una de las monedas. Acaso la segunda vez esa misma persona tuvo remordimientos y echó en la hucha una moneda más de las que debía echar. En fin, el caso se podrá explicar de mil modos; pero nadie, como no esté loco de remate, negará que $8 + 5 + 7 = 20$.

Acudamos á un ejemplo de tesis ó de hipótesis puramente metafísica, y ocurrirá lo mismo. Hay Dios que gobierna y mantiene el Universo, y es absurdo creer que por capricho irracional y sin motivo bastante, trastorna las leyes que á este Universo ha dado. En París mismo, centro de la civilización, sale un hombre haciendo un milagro colosal. Para que Ernesto Renan quede comp'acido, se reúne un Congreso de químicos y físicos y se les manda que examinen el milagro. Yo sostengo la posibilidad de que todos estos químicos y físicos se devanen en balde los sesos y no atinen á explicar el modo natural con que el milagro se ha hecho. ¿Hemos de afirmar por eso que fué sobrenatural y verdadero milagro el milagro? ¿Acaso los sabios de París han fijado ya los límites entre lo que es natural y lo

que no lo es? Luego, aunque nadie nos explique cómo naturalmente el milagro se hizo, podremos seguir creyendo, fundados en la antedicha tesis metafísica, que no hubo milagro alguno. La experiencia fué, pues, impertinente y casi inútil, á no ser que los químicos y los físicos repitan el milagro ó expliquen cómo se hizo, con lo cual nada añadirán ni quitarán á la tesis metafísica. Lo más que obtendrán será dar una desazón á los devotos y desenmascarar al astuto milagrero, y desautorizarle á los ojos del ignorante vulgo.

Sostiene el Sr. Fouillée que las ciencias experimentales, por eliminación al menos, influyen en la metafísica, destruyendo los sistemas que las contradicen. Pero aquí, en mi sentir, padece una equivocación el Sr. Fouillée. La experiencia podrá desacreditar un versículo de la Biblia, ó, mejor dicho la interpretación sobrado literal que se le daba; pero no desacredita ni corrobora una verdad puramente metafísica. La experiencia, la observación, el estudio de la naturaleza, podrá llevarnos á probar, por ejemplo, que Dios no creó en tal día al hombre, sacándole de la tierra inmediatamente y luego sacando del hombre á la mujer, etcétera, etc. Pero todo esto, con los pormenores poéticos de expresión, no es metafísica ni es dogma religioso ó artículo de fe. En cambio, la ciencia experimental no probará nunca que Dios no creó al hombre y no le dotó de un principio superior al de los otros animales.

Asegura el Sr. Fouillée que la ciencia experimental elimina de la religión, de la teodicea ó de la metafísica, las creencias antropomórficas, como los celos, la cólera, la venganza eterna de Dios. No veo en qué se funde el Sr. Fouillée para sostener tal cosa. ¿Con qué experiencia ó con qué observación se ha venido á probar

que Dios no se enoja y que Dios no castiga? Y en lo antropomórfico, aún es más chistoso el poder eliminador de las ciencias experimentales. El que Dios sea personal ó no lo sea es tesis puramente metafísica y no física ni química. Y si Dios es persona, ¿cómo nos le hemos de representar sino antropomórficamente? ¿Conocemos acaso á más personas que á las humanas? Tan antropomórfica es la idea de un bárbaro, para quien la venganza es virtud, más sublime mientras más feroz, que se representa á Dios castigando á quien le ofende con horribles y eternas penas, como la idea del más refinado y culto filántropo, que castiga sólo para bien y educación del delincuente, que no piensa sino en indultos y amnistias, y para quien Dios no tiene infierno, sino todo lo más purgatorio, establecimiento penitenciario ó cárcel-modelo, de donde hasta los demonios han de salir al fin purificados y limpios como el oro. Ambos conceptos de Dios son antropomórficos. Desde el momento en que metafísicamente se afirma un Dios personal, todo concepto de Dios tiene que serlo, aunque elevando á una potencia infinita ó á la perfección cuanto en el hombre nos parece bien, y propendiendo á esa perfección y plenitud que nos falta y á que aspiramos.

Es evidente que en el concepto humano de Dios cabe progreso. Dios, no en realidad, pero sí en nuestra idea, adelanta, gana, está en un perpetuo llegar á ser. Pero ¿se debe acaso esta ganancia, esta mejora del concepto, á las ciencias experimentales?

Rotundamente no se puede negar algún influjo en la filosofía al conocimiento experimental del mundo visible. Parece de sentido común que mientras más cosas conozcamos, y las conozcamos mejor, con más tino

filosofaremos. De sentido común es también que un sordomudo y ciego de nacimiento jamás filosofará. Pero, por otra parte, si examinamos la historia, vemos que el progreso de la filosofía primera ó metafísica, rara vez va de acuerdo con el de las ciencias experimentales. Pocas y harto equivocadas noticias del Universo visible tenían, por ejemplo, los sabios de la Escuela de Elea. Cualquier chicuelo de ocho ó diez años se burlaría hoy de la manera infantil con que ellos se figuraban los fenómenos. Y, sin embargo, ellos plantearon diestra y profundamente los más árdulos problemas metafísicos. Los filósofos del día no se burlan de ellos; no los recuerdan como los primeros atisbos y tanteos de la ciencia, sino que los admiran, los comentan, y tal vez en algo los imitan ó siguen.

En el siglo XVIII Francia está á la cabeza de la civilización. Las ciencias experimentales han adelantado muchísimo. Galileo, Copérnico, Keplero, Newton, han vivido ya y han escrito. Los enciclopedistas conquistan casi el mundo. No hay quien no los admire. Voltaire, sobre todo, es un encanto por su chiste, por su gracia, por lo natural y elegante del estilo. Pero ¿la metafísica francesa de entonces podía ser más ramp'ona, más superficial ni más enteca? ¿No carece de brío y de ingenio hasta para negarse á sí misma? ¿Vale toda ella lo que vale la de San Anselmo, concebida y escrita en medio de la barbarie tenebrosa del siglo XI? Como yo no he de convertir en disertación ó en libro una nota, no aduzco aquí otras mil razones en contra de la metafísica fundada en la experiencia. Basta lo dicho para presumir que todo *monismo experimental*, ó es una pamema, ó apenas se funda en experiencia, sino en meditación dialécticamente anterior y superior, ó se

reduce á una clasificación sistemática, más ó menos acertada, de las ciencias experimentales.

No es esto negar que el sistema de las *ideas-fuerzas*, por ejemplo, obra del Sr. Fouillée, que se anuncia y no sé si se ha publicado á estas horas, sea un ingenioso y divertido cuento fantástico. No falta hoy en España quien los componga por el estío, y de no corto mérito. Así, v. gr., yo confieso que me ha entretenido é interesado mucho la *Filosofía de lo maravilloso positivo*, de D. Estanislao Sánchez Calvo. En cifra y en resumen, saco yo en c'aro de la tal filosofía que la idea que nos formamos del mundo puede ser por *sugestión universal*. ¿Y quién se divierte en sugerirnos dicha idea? El Inconciente. ¿Y quién es el Inconciente? Un Señor á quien no conocemos, pero que no por eso está probado que él no se conozca. Si este Señor es Dios, á mí me asalta un escrúpulo. ¿Es digno y propio de la majestad divina el embromarnos y *tomarnos el pelo*, como vulgarmente se dice, con sus interminables fantasmagorías?

Según decía Rubí,

«En esta tierra de España
Hay para todo salida,»

y mi escrúpulo la tiene.

Nuestro *sugestionador universal* no es Dios: es un hombre ó un ser inteligente, ó son varios hombres ó seres inteligentes de otros astros, donde están mil veces más adelantados que en esta pelotilla de cieno en que vivimos, al cual ser ó á los cuales seres servimos de juguete, sometiéndonos á sus sugeriones.

Pero nuestro sugestionador no se crea ni se suges-

tiona él mismo. Hay, pues, otro ser superior que le sugestionan. Y así, de ser en ser, de sugestión en sugestión, y de sugestionador en sugestionador, vendremos á parar en lo que llama el Sr. Sánchez Calvo la última hipótesis: Dios. Pero esta última hipótesis, ¿no podrá ser también sugestionada? Triste sería, por librarnos del materialismo, caer en un idealismo tan absurdo: dudar del mundo y hasta negarle para afirmar á Dios, y quedarnos sin Dios y sin mundo. Triste sería que las conquistas de las ciencias experimentales, por el empeño de que se transformasen en metafísica, sirviesen de base al ateísmo y al acosmismo, y en último resultado, á la declaración de que nada se sabe de seguro ni es posible que se sepa.

II

A la misma señora Blavastski la han iniciado un poquito, y nada más. (Página 25.)

Es evidente que la señora Blavastski no sabe ni la décima parte de lo que sabe el reverendo Mahatma Koot-Hoomi, á quien dedica Sinnett su obra titulada *El mundo oculto*.

Confieso que no he leído aún el libro de la señora Blavastski, titulado *Isis sin velo*; pero he leído el libro

de su discípulo Sinnett, *El budismo esotérico*, y me parece que ellos no saben lo que sabe cualquier mahatma, y que, aun de lo que saben, se callan mucho y nos dejan á media miel. Si no fuese así, si todo lo divulgasen, la iniciación sería inútil.

Las sociedades teosóficas, que, por influjo en gran parte de la señora Blavastski y de su discípulo el coronel americano Olcott, se han fundado por todo el mundo y pasan en el día de 200, no son para meterse en ellas y salir sabio de mogollón y á escape, sino para trabajar mucho, prepararse, mortificarse, purificarse y lograr al cabo el primer grado de iniciación, ó cosa así.

De todos modos, se hace activa propaganda de esta teosofía, y ya en España, uno que modestamente firma Nemo, ha publicado dos folletos sobre ella. Fuera de España, se publican varias Revistas para difundir dicha doctrina. Las más importantes son: en París, *El loto azul*; en Londres, *Lucifer*, dirigido por la señora Blavastski; y en Madras (India), *El Teosofista*, dirigido por Olcott.

De los libros de esta ciencia, ó lo que sea, importada de Asia en América y en Europa, se puede ya formar larga lista. Los que más atraen la atención son: *La doctrina secreta*, *La luz en el sendero*, *El idilio del loto blanco*, *La llave de la teosofía* y *Por las puertas de oro*.

En Inglaterra, un egregio poeta, Edwin Arnold, y un aristocrático novelista, lord Lytton, se han dejado influir por esta doctrina y han escrito: el primero, *La luz de Asia*, poema, y el segundo, *Zanoni*, *La raza futura*, y otras novelas.

Aun tomando todo esto muy por lo serio, hemos de confesar que, más que metafísica racional, es un cona-

to de nueva religión, ó de oculto misticismo, donde el éxtasis, la teurgia y la magia blanca obran más que el discurso.

El *credo* de los teósofos es, á lo que yo entiendo, muy vago hasta ahora. Todo, por lo visto, cabe dentro de la tal teosofía. Nemo, en el folleto que lleva por título el nombre de dicha ciencia (folleto que no parece ser más que la traducción de ciertos artículos publicados en Bombay por un señor Tukaram Fatya, que por el nombre presumo sea un indio), afirma en un lugar que es indudable la existencia del Paramatma; y en otro lugar, afirma que la teosofía es «la plataforma sobre la cual los profesores de todos los sistemas, ya sean ortodoxos, ya heterodoxos, materialistas ó ateos, pueden permanecer con igualdad, sin que entre ellos se susciten conflictos.» Ancha base tiene, pues, la tal plataforma ó teosofía, donde caben hasta los que niegan á Dios. No obstante, algo de afirmativo, y en que todos ó los más convengan, ha de haber en la teosofía; pero, ¿saben este algo afirmativo las personas no iniciadas? ¿Pueden las iniciadas revelar al vulgo un poquito de ese algo?

Un poquito, sí; pero nada más que un poquito: una chispa sólo, con relación á la inmensidad de la ciencia.

Buda, Zoroastro, Orfeo, Pitágoras, Confucio, Sócrates y Ammonio Saccas, fueron iniciados; pero se callaron los misterios que sólo se revelan después de la más elevada iniciación ó *diksha*. El que conoce estos misterios, dice el sabio pandit Swami Dayanund Saraswati, conoce el espíritu del Universo y las propiedades ocultas de las cosas, y se apodera de la llave de los milagros, y ve y oye lo que quiere, y se va volando adonde se le antoja.

Como quiera que sea, yo ni en cifra puedo poner aquí la doctrina de los *mahatmas* divulgada hasta ahora por Sinnett. Diré algo, sólo para excitar la curiosidad.

En el hombre hay que considerar siete prendas, que no todos poseen, sino los perfectos. Son estas siete prendas: *rupa*, cuerpo terrenal; *prana*, principio de vida; *linga sharira*, forma astral; *kama rupa*, alma animal; *manas*, alma humana; *buddhi*, alma espiritual, y *atma*, espíritu.

Todos los hombres tienen *rupa*, *prana*, *linga sharira* y *kama rupa*; pero *manas* tienen pocos; *buddhi*, poquitos, y *atma*, casi ninguno. El progreso consiste en que se vaya generalizando entre los hombres el poseer las siete prendas. *Manas*, ó el alma racional, es donde está la memoria, la voluntad y el entendimiento. Cuando *manas* se educa y se va mejorando, llega primero á sujetar, refrenar y dirigir á *kama rupa*, que es donde están los apetitos bestiales, y, ya más educada, gobierna también á *linga sharira*, ó forma astral, que es el espectro, el cuerpo etéreo, el fantasma de nuestro ser, al cual enviamos adonde queremos, apareciéndonos y haciendo creer en nuestra ubicuidad, como hacían Apolonio de Tiana y otros.

Más adelante, y educándose más *manas*, y llegando á más alto grado de iniciación, adquirimos el sexto principio ó *buddhi*. Entonces ya somos sabios y disponemos de la naturaleza, cuyas leyes misteriosas conocemos. Nos metemos, si se nos ocurre, en el hueco de una cáscara de avellana; nos filtramos, á través de las más espesas y sólidas murallas; oímos sin teléfono á mil leguas de distancia; vemos lo que queremos ver, y trasponemos por esos espacios intersidérales á visi-

tar los astros más remotos, como hicieron Swedenborg y otros varios.

Por último, *buddhi* va subiendo, y enriqueciéndose de sabiduría, logra desechar de sí todo dolor, todo deseo, todo vulgar y egoísta propósito, y adquiere el *atma*. Pero como el *atma* es la raíz, el ápice de la mente, el abismo en que toda se unimisma, al tener *atma* llegamos al *nirvana*.

¿Qué es el *nirvana*? Los teósofos, el ocultismo, la doctrina esotérica, quizá lo expliquen de otro modo, dando á Dios personalidad. Según el Catecismo budista, publicado en inglés por Olcott y aprobado y recomendado por Sumangala, Gran Sacerdote de Sripada y Rector del Colegio de Widyodaya, esto es, según la doctrina budista ortodoxa y popular, Dios personal no existe: «Es, dice el extraño Catecismo, una sombra gigantesca lanzada en el vacío por la imaginación de los ignorantes.»

Desconsolador es tener que decirlo, pero viene á cuento para dar á Campoamor nueva prueba de la inutilidad de la metafísica, de la inutilidad de los esfuerzos de la razón humana, por sí sola, para descubrir la verdad trascendente. Aun suponiendo que en nuestro planeta hay en el día 1.500 millones de almas, como 500 millones son budistas, tendremos que la tercera parte del genero humano es atea.

Esto no impide el milagro, pero entre los budistas nada hay sobrenatural. El milagro es natural, aunque raro. Pocos son los hombres que le hacen. Pero el que llega á tener *buddhi* hace el milagro naturalmente, como nosotros nos paseamos ó componemos unas coplas: sin el menor esfuerzo.

La potencia de hacer milagros se nombra *iddhiiddi-*

nana, y es de dos modos: una más vulgar, *lanhika*, que se vale de medios externos; y otra superior, *lokothra*, que se adquiere por el interior desenvolvimiento de nuestro ser.

El que tiene *lokothra*, según el Catecismo á que me refiero, muda á su placer de forma y de lugar, sabe lo posible y lo imposible, descubre las causas del mérito y del demérito, lee los pensamientos de todos los seres, disipa las ilusiones de los sentidos, suprime los deseos, distingue los nacimientos y renacimientos de los individuos, y conoce mil cosas más que no pongo aquí por no ser prolijo.

Esto y más hizo Sakiamuni, que llegó á ser *Budha*; esto es, hombre perfectísimo, pero no más que hombre. Nada hubo de sobrenatural en él, ni nada hay de sobrenatural en nadie. Todo es natural. No hay revelación ni inspiración que venga de fuera. La sabiduría, los milagros, las Escrituras Sagradas de los budistas, todo es resultado natural del interno desenvolvimiento de la persona que las obra y que las escribe.

Para que haya un *Budha* es menester circunstancias extraordinarias, que sólo se dan de miles á miles de años; pero siempre hay *mahatma* ó *arahates*, esto es, sabios que hacen todos los referidos prodigios y llegan por fin al *nirvana*.

La ley del progreso, la marcha total del mundo, es la evolución, de la cual han entrevisto algo en Europa Darwin y Haeckel. El *nirvana* es el término de la evolución, así en cada individuo como en todas las cosas. La filosofía de Schopenhauer es un atisbo y remedo de la de *Budha*. El fin del progreso, la última perfección, el *nirvana*, es la nada: cesación de cambios y mudanzas; reposo absoluto; ausencia de deseo, de ilusión y de

tristeza; olvido de todo, y seguridad de que no se volverá á nacer, porque se extingue la voluntad, el necio prurito de vida.

Suponiendo á todos los seres humanos, que viven en los mundos todos que forman el Universo, llegados al *nirvana*, el Universo se aniquilaría: se disiparía como una pesadilla horrible.

Esto es lo que se saca en claro del Catecismo de Olcott, aprobado por el gran sacerdote Sumangala.

El budismo esotérico debiera darnos, pero no nos da, más esperanza, por donde induce á creer que la meta de la carrera del linaje humano y de todo ser inteligente, es el *totalicidio*.

Aun antes de llegar á la muerte final y ya sin renacimiento, tenemos que caminar mucho. Cada uno de nosotros, como no logre el *nirvana*, ha de tener por lo menos 343 vidas ó encarnaciones, ó sea la tercera potencia ó el cubo de siete. Entre vida y vida pasan á veces miles de años, durante los cuales el individuo, la persona, ó lo que permanece de nosotros, harto confusamente explicado, vive en *derachan*, cosa difícil de explicar también, aunque Sinnett se esfuerza por explicarla.

En suma, todo en la naturaleza está divinamente ordenado y camina á un fin de justicia y de perfección. Y sin embargo, el budismo, exotérico y esotérico, no ve, no reconoce ordenador, guía, legislador ó juez. El hombre mismo, como último término de su ascensión, no hacia el bien, sino hacia la supresión del mal, llega á ser como Dios; pero Dios no hay para los budistas, y el hombre llega á ser como nada. El Universo, dicen, no tiene límites ni fin, y es necedad del pensamiento suponer algo fuera ó más allá; esto es, que no esté dentro de lo ilimitado y de lo infinito.

Sobre si los budistas creen ó no en Dios, y sobre la verdadera significación del *nirvana*, se ha discutido bastante. Con los libros que en Europa se han escrito sobre el budismo, se puede llenar un estante. Los autores más considerados son: Spence Hardy, Lassen, Burnouf, Barthélemy Saint-Hilaire, Koeppen, Wassiliew, Westgaard, etc., sin contar los autores que tratan extensamente del budismo en obras de asunto más general, como Bunsen, Max Müller y Freeman Clarke.

Consultados estos autores, bien podemos afirmar, sin ser tildados de calumniadores, que el budismo es ateo. No cree en Dios ni en bien positivo. Cree solo y espera en un bien negativo: en la supresión del mal; en la muerte. En el budismo esotérico de Sinnett he buscado en balde otra menos desconsoladora creencia. Y lo peor es que este pesimismo espantoso, esta adoración de la muerte como supremo ideal y último término de nuestras aspiraciones, se va difundiendo por Europa y reflejándose en la poesía. Lecomte de Lisle da prueba de ello en Francia; y entre los portugueses, el elegantísimo poeta Antero de Quental.

La cruel doctrina tiene además la contra de que mata el amor. Los hombres, ruines, miserables y desdichados, infundirán piedad ó compasión; pero amor no infunden. No habiendo Dios, soberanamente amable, el amor no tiene fin ni objeto soberano, y el amor muere. Ni amamos á Dios, porque no le hay, ni al prójimo, porque su amabilidad, su dignidad y su hermosura, se fundan en Dios y en el amor de Dios. La caridad, la filantropía, se convierten en un instinto ciego que llaman *altruismo*. La muerte y el amor resultan hermanos, como en los versos de Leopardi y en la *Thanatologia* de Feuerbach.

A todo lo expuesto, responderán acaso los teósofos lo que Fausto á Margarita: «¿Quién se atreve á nombrarle y á decir creo en Él? ¿Quién se atreve á negarle y se aventura á afirmar que en Él no cree?»

En tal disposición de ánimo deben de estar todas esas Sociedades teosóficas que se han establecido por el mundo, y que Nemo, en su folleto, quiere establecer en España. Hasta hoy, ni con budismo esotérico, ni sin él, han hallado á Dios; pero le andan buscando por la ciencia.

El propósito es excelente, y nos da una prueba más de que la metafísica está por hacer, y de que es una aspiración inmortal, que podrá lograrse, pero que aún no se ha logrado.

Entretanto, lo que no nos da el raciocinio y la ciencia, nos lo da la fe y la creencia, y hasta nos lo da la ciencia de dos modos indirectos: 1.º Probando lo absurdo de toda doctrina que implique la negación de Dios. Y 2.º, probando, por medio de otra nueva ciencia, que llaman *Ciencia de las religiones ó Teología comparativa*, que el cristianismo es la religión perfecta, la religión definitiva de la humanidad.

Brillantes apologías del cristianismo se han escrito en estos últimos años. En la misma España, á pesar de la decadencia de que por dicha vamos levantándonos, han escrito Balmes, el padre Mir, el reverendo Lasagabaster, y otros; pero nada de ellos citaremos. Citaremos, en corroboración de lo que hemos dicho, las elocuentes frases con que el angloamericano Freeman Clarke pone término á su magnífica obra de *Teología comparativa*, donde estudia y examina y juzga todas las religiones:

«La reconciliación, dice, de verdades antagonistas y de opuestas tendencias que la filosofía ha procurado

siempre en balde, teóricamente, el Cristianismo la ha logrado en la práctica. El Cristianismo crea de continuo, por la profundidad de su vida, la fe práctica en Dios, como ley al par que amor; en el hombre, como ser libre al par que providencialmente guiado. Nos presenta á Dios como unidad y variedad, dando sustancia y forma al mundo. Reconoce la realidad del alma y produce, no obstante, fe tan poderosa en el bien, que vence al mal y le domina. En la vida social reconcilia la autoridad de la ley humana con la libertad de la acción individual y del pensamiento. En los buenos Gobiernos cristianos se halla todo el orden que puede garantizar el despotismo con toda la libertad á que puede aspirar una democracia. La civilización cristiana es una *pleroma*: plenitud de concordia, armonía de muchas partes. La armonía dista mucho aún de ser completa, porque el milenio no ha llegado. Los rasgos más marcados del cristianismo son ya, cantidad, poder, variedad y abundancia, pero no son aún cooperación, paz, unión y armonía. Las potencias se han desenvuelto, pero no se han armonizado aún. La espada no se transformó aún en arado; la paz universal y perpetua no se proclamó aún; pero á ella nos guía y nos impele la inevitable inclinación de las cosas. Al compás que la ciencia se difunde, que se aumenta la riqueza y que la fuerza moral del mundo crece y se extiende, la ley se sobrepone más á la violencia. Los hombres ya no llevan espadas al cinto para defenderse. Los defiende la policía. Las ciudades no están ya cercadas de altos muros ni ocupadas por guerreros dispuestos á resistir cualquier ataque. Todas reposan en los brazos pacíficos de la ley que la nación se impone. Aún luchan los pueblos unos contra otros; pero se acercan los tiempos

en que el derecho internacional, el parlamento del mundo, la confederación de la Humanidad, reemplazarán los ejércitos permanentes y las naves revestidas de acero. La interna guerra social debe también acabar, más pronto ó más tarde. El pauperismo y el crimen serán tratados según el método cristiano. Los criminales serán reformados. El castigo se impondrá con este piadoso propósito. La cooperación en la industria y en el comercio sucederá á la competencia. Conocidos son los principios por cuya virtud han de obtenerse tales resultados: la dificultad que aún queda que vencer sólo en la aplicación estriba. Cayó la esclavitud y se allanó un gran obstáculo para el progreso. Los otros males de la sociedad serán pronto combatidos, y uno en pos de otro se irán también destruyendo. El Cristianismo se hace más práctico cada día, y su aplicación al vivir de las gentes crece en vigor y en tino. Ley de la vida humana es que el desarrollo de las diferencias preceda á la reconciliación. La variedad está antes de la armonía; el análisis prepara la síntesis; á la unión se anticipa la oposición. El Cristianismo, cual poderoso estímulo, aplicado á la mente del hombre, desenvuelve, primero, todas las energías é inclinaciones del alma; pero después su suave influjo en los corazones las reconcilia todas. Cristo es el Príncipe de la Paz. Cristo vino á poner paz entre el hombre y Dios; entre hombre y hombre; entre la ley y el amor; entre la razón y la fe; entre la libertad y el orden; entre la conservación y el progreso; y aunque nos trajo al principio la espada, nos envió después el ramo de oliva. La unidad universal es el objeto y el fin del Cristianismo.»

Si hemos de compartir las hermosas esperanzas del Sr. Freeman Clarke, se ve que, no por obra de los

mahatmas, ni por utilizar la metafísica de nadie, sino por virtud de una religión, llegará pronto la humanidad, tal vez dentro de poco más de un siglo, que será el milenio, á una situación brillante, pacífica y dichosa. Mas no por eso ha de extinguirse en los hombres el deseo de explicárselo todo racionalmente y por sus causas. Entonces, pues, con más reposo y holgura los hombres tal vez se dediquen á la metafísica, acierten al fin, y ya con buena, sana y verdadera metafísica, la utilicen, y sean aún más felices y más dignos.

III

¿Quién soy yo? ¿Quién es Dios? ¿Cómo Dios y yo seremos una misma cosa? (Página 27.)

Son palabras de San Buenaventura, que pueden y deben entenderse en varios sentidos; pero que, según todos ellos, nos ofrecen sólo una aspiración á la metafísica-ciencia, y no su realidad.

Para responder á las tres preguntas, para cumplir los tres puntos y subir los tres grados, no basta el natural discurso. Según todos los místicos cristianos, se necesitan la fe y las obras. *¿Quién soy yo?* no significa sólo el conocimiento de sí mismo, una psicología sutil